Suplemento de "LA ANTORCHA" al Nro. 239 :: Bs. Aires, Junio 3 de 1927

UNA VIDA PROLETARIA

VANZETTI

Damos, aquí, a manera de suplemento, un notable trabajo de Bartolomé Vanzetti. Es su autobiografía, escrita en la cárcel y editada en 1923, cuando el proceso de Dedham sufría uno de los tantos compases de espera. Lo traducimos directamente del inglés, de la edición original, pues Vanzetti la escribió en ese idioma a pedido de los compañeros interesados en hacer llegar al pueblo de los Estados Unidos, por medio de páginas plenas de sinceridad y emoción, la fuerza moral e idealista que se afirma en la bella vida revolucionaria de ambos mártires de la plutocracia yanqui. Bien ampliamente se han cumplido tales deseos, y es el nuestro ahora que esta versión castellana llegue a conmover profundamente a los trabajadores de la Argentina.

Mi vida no puede pretender el honor de una autobiografía. Anónimo yo mismo en el montón de los anónimos, he querido simplemente tomar y reflejar rápidamente un breve momento de la dinámica inquietud ideal que lleva a la humanidad hacia mejores destinos.

Nací el 11 de Junio de 1888, de G. Battista Vanzetti y Giovanna Vanzetti, en Villafalletto, provincia de Cúneo, Piamonte. La población, que se levanta sobre la orilla derecha del Magra al abrigo de una hermosa cadena de cerros, es principalmente una comunidad agrícola. Ahí viví hasta los trece años de edad en el seno de mi familia.

Concurrí a las escuelas locales y amaba el estudio. Mis más lejanos recuerdos son los premios ganados en los exámenes escolares, y una segunda distinción en catecismo. Mi padre dudaba entre dejarme proseguir los estudios o enseñarme algún oficio, un día leyó en la Gazzetta del Popolo que en Turín 22 abogados habían concurrido para ocupar un puesto por 35 liras mensuales. Esta noticia fué decisiva en mi infancia, porque mi padre se resolvió a que yo aprendiera una profesión y fuera comerciante.

Para eso en 1901 me condujo ante el señor Conino que dirigía una pastelería en la ciudad de Cúneo, y allí me dejó gustar — por primera vez — el sabor al duro e implacable trabajo. Trabajé como unos veinte meses, desde las siete de la mañana hasta las diez de la noche, todos los días, menos tres horas de vacación dos veces al mes. De Cúneo pasé a Cavour, y entré en la panadería del señor Goitre, plaza que conservé por tres años. Las condiciones no eran mejores que en Cúneo, con la diferencia de que los momentos libres alcanzaban a cinco horas dos veces al mes.

No me agradaba el comercio, pero me quedé para satisfacer a mi padre y porque no sabía qué otra cosa elegir. En 1905 abandoné Cavour por Turín, esperando hallar trabajo en la gran ciudad. Malogradas mis esperanzas, fuí más lejos, a Courgne, donde me ocupé por seis meses. Luego volví a Turín y trabajé de caramelero.

En Turín, Febrero de 1907, caí seriamente enfermo. Sufrí mucho, encerrado, privado de aire, de sol y alegría, tal una "triste flor sombría".

Pero llegaron noticias a mi familia y mi padre vino de Villafalletto para restituirme a mi tierra natal. En casa, — me dijo él — sería cuidado por mi madre, mi buena, mi amantísima madre. Y entonces volví, después de seis años de habermé agotado en la fétida atmósfera de las panaderías y de las cocinas de restaurants, donde raramente penetra un soplo de Dios o un rayo de luz de su gloria. Seis años que podrían haber sido hermosos para un muchacho ávido de saber y sediento del contacto vivificador con el ambiente de la simple vida campesina de su aldea. Años del gran milagro que transforma al niño en hombre.

¡Ah! quién me hubiera dado a mí, tiempo para atender el maravilloso [illegible]!

En las tres horas de tren dejaba mis pensamientos a aquellos que han sufrido pleuresía alguna vez. Pero aún a través de la niebla de melancolía pude contemplar la magnífica tierra que atravesaba y que ocupó también mis sentimientos. El verde obscuro de los valles del norte de Italia, que ningún invierno puede agostar, es hasta hoy un recuerdo vivo en mí.

Mi madre me recibió tiernamente, llorando desde lo hondo de sus alegrías y sus tristezas. Me puso en cama, — había olvidado casi que las manos pueden acariciar tan dulcemente. Un mes estuvo en cama y a los dos meses más pude andar, apoyado en un grueso bastón. Al fin recobré mi salud. Desde entonces, hasta que partí para América, estuve en casa de mis padres. Ese fué uno de los más felices períodos de mi vida. Tenía veinte años; la mágica edad de las esperanzas y los sueños, tan para aquellos que como yo hojearon prematuramente las páginas del libro de la vida. Me hice de muchos amigos y di libertad al amor que guardaba mi corazón.

Ayudaba a cuidar el jardín de mi casa con un entusiasmo que no había sentido nunca en las ciudades.

Pero aquella serenidad fué muy pronto turbada por el más penoso infortunio que puede agobiar a un hombre. Un mal día mi madre cayó enferma. Yo que ella, su familia y yo sufrimos ninguna pluma puede describirlo. El más leve ruido le causaba atroces espasmos. Muchas veces me precipitaba hacia el grupo de jóvenes que se reunían al caer de la tarde a lo largo de la calle a cantar alegremente a las primeras estrellas para implorarles al amor de Dios y la tranquilidad de sus propias madres. Muchas veces por conversar, rogué a los hombres que me acompañaran a cualquier parte.

En las pocas semanas últimas de su vida sus estertores agónicos fueron tan dolorosos que ni mi padre, ni sus parientes ni sus más queridos amigos tenían el ánimo suficiente para aproximarse a su lado. Me quedé solo para reconfortarla lo mejor que pude. Día y noche lo pasaba con ella, torturado por el espectáculo de su dolor. Durante dos meses [illegible] vestido.

La ciencia ni el amor pudieron nada. Al cabo de tres meses de brutal padecimiento expiró en mis brazos. Murió sin haberme sentido llorar. Yo mismo la puse en el ataúd, la acompañé hasta su última morada y fuí el primero en arrojar un puñado de tierra sobre sus restos.

Era justo que lo hiciera así pues era una parte de mí mismo... El vacío que dejara jamás fué colmado.

Pero era demasiado ya. El tiempo, lejos de mitigar la pérdida, la hizo más cruel. Vi envejecer a mi padre prontamente. Me tornó más solitario, más callado; pasaba los días sin pronunciar palabra, vagando por entre los bosques que bordean el Magra. Muchas veces al pasar por el puente me detuve largo rato a mirar las blancas piedras del cauce arenoso, pensando que en aquel lecho ellas no tendrían pesadillas.

Este trance angustioso de mi espíritu me decidió a abandonar Italia por América.

El 9 de Julio de 1908 dejé a los míos queridos. Fué tanta mi tristeza al partir que abracé a mis parientes y los besé sin poder proferir una palabra. Mi padre también había enmudecido en su profundo pesar, y mis hermanas lloraron como al morir mi madre.

Mi partida había llamado la atención del vecindario, y los amigos llenaron la casa, todos con una palabra de esperanza, una bendición o una lágrima. Luego me acompañaron todos una buena parte de camino, como lo hizo un ciudadano habiera sido exiliado para siempre.

Un incidente está vivo en mi memoria: varias horas antes de la despedida se acercó a darme el adiós una viejecita que conservaba para mí un sentimiento maternal desde la muerte de mi madre. La encontré en la puerta de su casa con la joven esposa de su hijo.

—"Ah! has venido, — dijo —; yo te esperaba. Vé, y que el amor de Dios te acompañe siempre. Nunca había visto yo un hijo que hiciera por su madre lo que tú hiciste; que seas feliz, hijo mío!"

Nos besamos. Entonces habló la nuera:

—"Bésame, también! Te quiero tanto; eres tan bueno!" — dijo enjugando sus lágrimas. La besé y me fuí, sintiéndola llorar aún detrás de mí.

Dos días después dejaba Turín por Módano, ciudad limítrofe. Mientras el tren corría hacia la frontera, algunas lágrimas cayeron de mis ojos, tan poco dados a llorar. Así dejé la tierra que me vió nacer; un vagabundo sin patria. Así florecían las bendiciones de aquellas almas sencillas, de aquellos nobles corazones.

II

En la Tierra Prometida

Después de dos días de ferro-carril a través de Francia y siete por mar, llegué a la Tierra Prometida. Nueva York, espejeaba en el horizonte con todos sus esplendores y esperanzas. Levanté mi vista de la tablería de proa, fatigado de mirar de uno al otro extremo ese portento de la construcción que atraía y amenazaba a la vez a las mujeres y los hombres apiñados en la tercera clase.

En la estación de inmigración tuve mi primera gran sorpresa. Vi a los pasajeros de proa manoseados por los oficiales lo mismo que un montón de animales. Ninguna palabra de benevolencia o de estímulo que aliviara la aflicción que agobiaba pesadamente a los recién llegados a las playas de América. Las esperanzas, que traían a estos emigrantes hacia la nueva tierra, marchitábanse así al contacto de torpes oficiales.

Los niñitos, que dobían estar alertas con la espera, se prendían a las faldas de sus madres, llorando atemorizados. Tan hostil es el espíritu [illegible] predomina en la barraca inmigratoria.

Qué bien recuerdo, estando en la Batería, — en el bajo New York — enseguida de mi llegada, solo, con algunas pobres ropas y muy poco dinero. Hasta el día antes había estado entre gentes que me comprendían. Esa mañana me pareció haber despertado en una tierra donde mi lenguaje equivalía, para los naturales del país, poco menos que a expresiones lastimeras de un mudo animal.

Dónde ir? Qué hacer? Esta era la Tierra Prometida. Las preguntas quedaban sin respuesta. Los automóviles y los tranvías pasaban a [illegible] velozmente sin cuidarse de mí.

Había anotado la dirección de alguien, y hasta ella me llevó un compañero de viaje. Era la casa de un paisano, en la calle ..... cerca de la Septima Avenida. Estuve allí un rato, pero era evidente que no había sitio para mí en aquella casa, hirviendo de seres humanos, como todas las casas de obreros. Profundamente triste dejé aquel lugar a eso de las ocho de la noche, para buscar un sitio donde dormir. Volví sobre mis pasos hacia la Batería, donde pedí una cama por esa noche en un sospechoso hospedaje, el mejor que pude hallar. Tres días después de mi llegada, el paisano ya mencionado, que era jefe de cocina en un rico club del Oeste, calle..... frente al Río Hudson, me encontró una colocación en su cocina como lavaplatos. Allí trabajé tres meses.

Las jornadas eran largas; el tugurio en que dormía era un horno sofocante, y los insectos no me dejaban cerrar los ojos. Casi todas las noches pensaba ir al parque.

Al dejar esta plaza hallé la misma clase de ocupación en el Restaurant Mouquin. Las condiciones que hay ahora allí no las conozco. Pero en aquel tiempo — hace trece años — la cocina era algo terrible. No había la más pequeña ventana. Cuando la luz eléctrica se apagaba por cualquier causa, aquello quedaba en la obscuridad, al extremo de que nadie podía moverse sin tropezar con las cosas. El vapor del agua hirviente con que se lavaban los platos, sartenes y vajillas, formaba grandes gotas en el techo, donde tomaban todo el polvo y la suciedad, y caían luego sobre mi cabeza, gota a gota. Durante las horas de labor el calor era espantoso. Las sobras de las mesas, amontonadas en barriles cerca de la despensa, despedían tufos nauseabundos. Los resumideros no tenían comunicación con las cloacas. Por eso el agua podía rebosar hasta el piso. En el centro de la pieza había un desagüe. Todas las noches el canal de evacuación se tapaba y el agua sucia y grasienta subía y subía hasta que chapaleábamos en un barro pegajoso.

Trabajábamos doce horas un día y catorce el siguiente, más cinco horas extras cada dos Domingos. Comida fría, casi impropia para los perros; cinco o seis dólares por semana. Después de ocho meses dejé ese trabajo por miedo a la anemia. Aquel fué un mal año. Qué trabajador no lo recuerda?

Los pobres dormían en los quicios de los portales y a la mañana se les podía ver revolviendo los cajones de basuras, buscando una hoja de repollo o alguna papa podrida. Durante tres meses exploré Nueva York a lo largo y a lo ancho, sin hallar trabajo. Una mañana, en una agencia de colocaciones me encontré con un joven más desesperado y desgraciado que yo. Estaba sin comer desde el día anterior y todavía no había desayunado esa mañana. Lo invité a un restaurant, invertí casi todo lo que me quedaba de mis economías en un almuerzo que comió con voracidad. Una vez satisfecho su apetito mi nuevo amigo declaró que era una tontería permanecer en Nueva York. Si él tuviera dinero — decía — se iría al campo, donde había más probabilidades de hallar trabajo, sin contar el aire puro y el sol que tendríamos gratis.

Con el dinero que me restaba tomamos, el mismo día, un barco a vapor para Haltford, Connecticut. De Haltford gallinos para una pequeña ciudad donde mi compañero había estado una vez, y cuyo nombre he olvidado. Marchamos a pié por el camino y por último nos atrevimos a llamar a la puerta de una cabaña. Un cuacarero americano acudió a nuestro llamado. Le pedimos trabajo. No tenía nada para darnos, pero lo conmovió nuestra miseria y nuestro evidente apetito. Comimos y luego fuimos con él por el lugar, en busca de alguna ocupación para nosotros. Nada pudimos hallar. Entonces, lleno de compasión, nos tomó en su chacra, aunque no necesitaba de nuestra ayuda. Estuvimos allí dos semanas. Nunca olvidaré aquella familia americana, — los primeros americanos que nos trataron como a seres humanos, a pesar de que veníamos de la tierra de Dante y Garibaldi.

El espacio no me permite referir los pormenores de nuestro vagabundeo en busca de alguien que nos diera un pedazo de pan y agua a cambio de nuestro trabajo. De ciudad en ciudad, de aldea en aldea, de chacra en chacra. Golpeábamos a las puertas de las fábricas y éramos despedidos: "No hay trabajo... No hay trabajo..." Andábamos realmente hambrientos y sin un céntimo en los bolsillos. Nos sentíamos felices cuando hallábamos algún establo abandonado para pasar la noche, esforzándonos por dormir. Una mañana tuvimos suerte. En South Glastonbury un campesino piamontés nos invitó a desayunar. ¿Necesito decir cuán agradecidos le quedamos?

Reconfortados, proseguimos nuestra desesperada búsqueda. A eso de las tres de la tarde llegábamos a Middletown, Connecticut, cansados, deshechos, hambrientos y chorreando el agua de una marcha de tres horas a pié bajo la lluvia.

Al primero que encontramos le pedimos noticias de algunos italianos del norte (mi ilustre compañero era excesivamente parcial hacia su propia región) y se nos indicó una casa cercana. Golpeamos y nos recibieron dos mujeres sicilianas, madre e hija. Pedimos que se nos permitiera secar las ropas al fuego y asintieron gustosas. Mientras esperábamos, preguntamos acerca de las posibilidades de obtener trabajo por la vecindad. Nos contestaron que por allí no había puntada que dar y nos aconsejaron que probáramos en Springfield, donde había tres hornos de ladrillos.

Al observar nuestras caras demacradas y el visible temblor de nuestros cuerpos, las buenas mujeres preguntaron si teníamos hambre. Confesamos que no habíamos probado bocado desde las seis de la mañana. Enseguida la muchacha nos acercó un pedazo de pan y un gran cuchillo.

"No tengo otra cosa", — dijo y sus ojos se llenaron de lágrimas. "Comen en mi mesa cinco chicos y mi abuelita. Mi marido trabaja en los ferrocarriles y no gana más de 1.35 $ al día por hacer las peores tareas, y yo estuve mucho tiempo enferma".

Mientras yo cortaba pan, ella registró la casa en una desesperada exploración, y finalmente descubre varias manzanas que insiste que comamos. Reanimados, salimos en dirección a los hornos.

— "¿Qué puede ser aquello donde está esa chimenea?" — preguntó mi compañero.

—"Sin duda, la fábrica de ladrillos. Vayamos y pidamos trabajo".

—"¡Oh! es muy tarde ya" — objetó él.

—"Bueno, entonces vayamos a la casa del dueño", añadí.

—"No, nó, vayamos a cualquier otra parte. Un trabajo como ese te mataría. No hagamos el camino", me respondió.

Era muy claro que en la larga búsqueda infructuosa por hallar ocupación, el compañero había perdido el amor al trabajo. Este es un estado mental no del todo raro. Los fracasos repetidos, los malos tratos, el hambre y las privaciones, desarrollan en las víctimas de la desocupación una cierta indiferencia hacia su propia suerte. Terrible inclinación mental que hace de los individuos débiles tipos abandonados para siempre.

III

Trabajo! Trabajo! Trabajo!

Casi a la fuerza llevé a mi camarada a la ciudad, donde hallamos trabajo seguro en los hornos, una de las más penosas labores que conozco. No resistió la prueba. A las dos semanas abandonó el trabajo. Yo me quedé allí diez meses. Las tareas estaban clertamente por arriba de mis fuerzas, pero había muchas alegrías después de la jornada. Existía toda una colonia de naturales de Piamonte, Toscana y Venecia que llegó a ser casi una misma familia.

A la noche las miserias se olvidaban. Algunos tocaban algo el violín, el acordeón o cualquier otro instrumento. Otros preferían entregarse a la danza; — yo, desgraciadamente, nunca sentí inclinación hacia ese arte, y me quedaba sentado mirando. Siempre he gozado de las alegrías de los demás.

Había muchos enfermos en la pequeña colonia, y yo mismo tuve una recaída, con ataques de fiebre que se sucedían en forma intermitente. Raro el día que no cayera alguno enfermo. Desde entonces en adelante tuve algo más de suerte. Fuí luego hasta Meriden, Connecticut, donde trabajé en las canteras.

Dos años en las canteras, haciendo la más penosa labor; pero vivía con un matrimonio de italianos, ambos toscanos, y sentía un gran placer aprendiendo su hermoso dialecto.

Durante los dos años que pasé en Springfield y en Meriden otras muchas cosas aprendí, además del toscano. Aprendí a amar y a simpatizar con aquellos que como yo estaban resueltos a aceptar un salario miserable con tal que conservara el cuerpo y dejara en salvo el espíritu. Aprendí que la conciencia de clase no era una frase inventada por los propagandistas, sino que representaba una fuerza vital, real, y que aquellos que comprenden su significado no son ya simples bestias de carga, sino seres humanos.

Hice amigos por todas partes, nunca tan conscientemente. Quizás ellos, que trabajaban a mi lado en las canteras y en los hornos, vieran en mis ojos la profunda pena que sentía por sus destinos, y los vastos sueños de un mundo mejor que embarga a mi mente desde entonces.

Mis amigos me aconsejaron que volviera a mi oficio de pastelero. Los trabajadores inexpertos, insistían, eran los animales más humillados de la organización social; no tendría qué comer ni sería respetado si persistía en ese trabajo. Un paisano (que estuvo en Nueva York) añadió sus súplicas a las de mis compañeros. De modo que volví a Nueva York, y encontré ocupación inmediatamente como ayudante pastelero del chef del Restaurant Sovarin, en Broadway. A los seis o siete meses fuí despedido. Esta vez no supe el porqué. Muy pronto me reocupé en un hotel de la Seventh Avenue, en el barrio de los teatros. A los cinco meses fuí despedido nuevamente. Entonces supe la razón de esas extrañas exoneraciones. Los chefs estaban por aquel tiempo en relación con las agencias de colocaciones, de modo que por cada hombre que colocaban recibían una comisión.

Mientras más eran los despedidos, más comisiones cobraban.

Los paisanos que me hospedaban me rogaron que no desesperara. "Sigue con tu oficio", protestaron, "mientras tengamos casa, cama y comida que ofrecerte, no te impacientes. Y cuando necesites dinero no vaciles en decirnos".

Grandes corazones entre el pueblo, oh! sí, Fariseos!

Durante cinco meses recorrí nuevamente las calles de Nueva York; imposible hallar ocupación en mi oficio, o siquiera de lavaplatos. Por último dí con una agencia en Atlaberry Street, que pedía hombres para trabajar con el pico y la pala. Me ofrecí y fuí ocupado. Fuí llevado junto con otro montón de harapientes a una barraca en los bosques cercanos de Springfield, Massachusetts, donde había una línea férrea en construcción. Aquí trabajé hasta que pude reunir una reserva y pagar una deuda de cien dólares que había contraído durante los meses que anduve desocupado. Entonces me fuí con un compañero a otra barraca, próxima a Worcester. Ahí estuve algo más de un año trabajando en varias factorías. Adquirí muchas amistades, que recuerdo con profundo e inalterable cariño y la más grande emoción. Había entre ellos algunos obreros americanos.

De Worcester pasé a Plymouth (hace unos siete años de esto) que fué mi residencia hasta el día que me arrestaron.

Aprendí a considerar con un real afecto aquel lugar, porque con el tiempo fué cada vez más el pueblo querido por mi corazón, las gentes con quienes comía, los hombres que trabajaban a mi lado y las mujeres que últimamente me compraban la mercancía que vendía por las calles.

De paso, dejadme decir lo grato que es sentir que mis compañeros de Plymouth respondieran con amor al afecto que yo tenía por ellos. No solamente porque ellos han sostenido mi defensa — el dinero, después de todo es algo insignificante — sino por haberme expresado directa e indirectamente su fé en mi inocencia. Aquellos que se reunieron alrededor de mis buenos compañeros del comité de defensa, no eran solamente obreros, sino también hombres de negocio que me conocieron, y no exclusivamente italianos, pues también había judíos, polacos, griegos y americanos.

Bien, yo trabajé en la casa Steno más de un año, y luego en la Cordage Company durante ocho meses.

Por mi activa participación en la huelga de obreros cordeleros de Plymouth, era evidente que para mí no podía haber ocupación allí... Como una situación de hecho, por mi participación, cada vez más frecuente en las listas de oradores de grupos obreros de todas las clases, se me hizo más y más difícil hallar trabajo en ninguna parte. Tanto, que en ciertas fábricas se me consideraba como definitivamente puesto en la "lista negra".

Sin embargo, de todos los patrones que tuve ninguno podrá negar que yo era un obrero industrioso y serio, cuya única falta grave era que trataba penosamente de acercar un poco de luz a las oscuras vidas de mis compañeros de trabajo.

Por algún tiempo desempeñé una pesada ocupación en la empresa de construcción de Sampson y Douland, en la ciudad. Puedo decir también que he participado en las más importantes obras públicas de Plymouth. Casi todos los italianos de la ciudad y los mismos capataces de los varios trabajos en que me ocupé, pueden atestiguar mi laboriosidad y la modestia de mi vida durante ese período. Yo estaba profundamente ocupado en aquellos momentos en cosas del espíritu, en la gran esperanza que animaba y anima a mi alma aún aquí en la sombría celda de la prisión, mientras espero la muerte por un crimen que no he cometido.

Mi salud no era buena. Los años de rudos trabajos y los más terribles períodos de desocupación me habían quitado mucho de mi vitalidad original. Había desechado toda medida saludable para prolongar mi vida.

Unos ocho meses antes de mi detención, — más o menos, — un amigo que se preparaba para volver a su casa me dijo: "¿Por qué no me compras el carro, los útiles, la balanza, y sales a vender pescado, en lugar de seguir bajo el yugo de los patrones?"